

## ALFREDO DE VIGNY

### EL CUERNO DE ROLANDO

#### I

Cuando declina la tarde,  
¡cuán dulce para mí suena  
el cuerno, de grave timbre,  
en el fondo de las selvas!  
Al toque de media noche,  
que de visiones las puebla,  
¡cuántas veces desvelado  
atendí á sus notas lentas,  
pensando escuchar las voces  
que anunciaban agoreras  
la muerte á los paladines  
de las antiguas leyendas!  
¡Oh, mis montañas azules,  
hacia las que el alma vuela!  
¡Peñascos, derrumbaderos,  
torrentes, cumbres excelsas!  
¡Oh, cascadas espumosas  
que las nieves alimentan!  
¡Pirineos, donde el trono  
dos estaciones asientan!  
¡Faldas vestidas de flores!  
¡Cúspides, en hielo envueltas!  
En vuestros agrestes valles  
es donde hasta el alma llegan  
las lejanas vibraciones  
del cuerno, tristes y trémulas.  
A veces, un caminante,  
cuando es la noche serena,  
con sus acentos sonoros

los mudos ecos despierta,  
y á su compás cadencioso  
añade nota risueña  
alegre cascabeleo  
del rebaño en la pradera.  
Al tímido cervatillo  
la dulce armonía alienta,  
sube á un peñón, y en su cima  
inmóvil y atento queda;  
y la ruidosa cascada  
saltando de peña en peña,  
une al concierto romántico  
su no interrumpida queja.

Almas de los héroes muertos,  
¿volvéis acaso á la tierra?  
La voz del cuerno selvática,  
¿será quizás la voz vuestra?  
¡Roncesvalles! ¡Roncesvalles!  
¡Lugar de horrible tragedia!  
¿Aún la sombra de Rolando  
vaga inconsolable y tétrica?

#### II

Murieron todos lidiando;  
no hubo uno solo que huyera.  
Rolando no más resiste;  
Olivier está allí cerca.  
El Africa embravecida  
en el monte los rodea;  
allí los ve acorralados,

y aún acobardada tiembla.  
—«Ríndete, le dice el Moro,  
Rolando, tu muerte es cierta.  
Todos tus pares cayeron,  
y el torrente se los lleva.»  
Cual tigre ruge Rolando  
y exclama: —«Si me rindiera,  
sería cuando, con ellos,  
sus aguas turbias y negras  
del Pirineo arrastrasen  
á la mar la mole inmensa!  
—¡Ríndete, ó al punto muere;  
pues ya los montes se quiebran!»

Dice, y del pico más alto,  
arrasando cuanto encuentra,  
baja con horrible estrépito  
una roca gigantesca;  
rebota, y en el torrente  
á hundirse va dando vueltas,  
haciendo añicos los robles  
y pinos que la cubrieran.  
—«¡Gracias! Me abriste camino,»  
grita Rolando, y su diestra  
hasta el pie de la montaña  
el colosal peñón rueda,  
salta sobre él, y á su vista,  
la horrible batalla cesa.

#### III

Alegres y descuidados,  
como quien nada recela,  
Carlomagno y sus magnates  
bajando van de la Sierra.  
En el lejano horizonte  
relucen y cabrillean  
las aguas que los dos valles  
de Argelís y de Luz riegan.  
Los trovadores expertos  
ya sus laúdes aprestan,  
por cantar los verdes sauces  
que el tranquilo Adur sombrean.  
El vino francés, chispeante  
brilla en la copa extranjera,

y risueños los soldados  
con las pastoras bromean.

Cavalgando sosegado  
en su pacífica yegua,  
cuyas moradas gualdrapas  
su dignidad manifiestan,  
va el arzobispo Turpino  
con las reliquias á cuestas,  
y á Carlomagno acercándose,  
le dice de esta manera:  
—«Señor, ¿veis aquellas nubes  
que fuego interior incendia?  
Detened, Señor, la marcha;  
no es cuerdo quien á Dios tienta.  
¡Por San Dionís el glorioso,  
os digo, y es cosa cierta,  
que ánimas del Purgatorio  
esos nubarrones llevan!  
¿Visteis antes dos relámpagos?  
¡Ya otra vez relampaguea!»

Cuando el prelado así dice,  
el cuerno lejano suena;  
el Emperador, la frente  
alza, el cuerpo hacia atrás echa,  
y en seco para el caballo,  
tirando bien de las riendas.  
—«¿Oíste?,» dice á Turpino,  
y Turpino le contesta:  
—«Los pastores son, que llaman  
á sus manadas dispersas,  
ó es Oberón, el enano,  
que con las hadas conversa.»

Adelante Carlomagno  
sigue; pero la tormenta  
más que en el nublado cielo,  
arde en sus fruncidas cejas.  
Ardides teme y traiciones,  
y mientras en ellos piensa,  
el són del cuerno fatídico  
á su oído otra vez llega,  
y sólo calla un momento  
para estallar con más fuerza.  
—«¡Maldición! ¡Es mi sobrino!  
¡Rolando!... ¡Dios nos proteja!

Si está pidiendo socorro,  
no habrá ya sangre en sus venas.  
¡Caballeros, volved grupas!  
¡Venid, crucemos la sierra!  
Suelo engañador de España,  
¡a mis pies de nuevo tiembla!

## IV

Detiéndose los corceles  
al doblar la mayor cuesta;  
allá abajo, Roncesvalles  
está envuelto en pardas nieblas;

los estandartes del Moro  
á paso largo se alejan.  
—«¿Qué ves, Turpino, en el fondo  
del torrente entre las peñas?  
—Dos caballeros; el uno  
muerto, y el otro aún alienta.  
Los dos están aplastados  
bajo una roca tremenda.  
Cuerno de marfil empuña  
el más tornido en la diestra.  
¡Dos veces nos ha llamado  
antes que el alma rindiera!»  
¡Cuán triste es el son del cuerno  
en el fondo de las selvas!



VICTOR HUGO